

EL MARTILLO Y LA HOZ

Seix Barral Biblioteca Formentor

Don DeLillo

El ángel Esmeralda



Cruzábamos la autopista por el puente, éramos treinta y nueve, todos con mono de paracaidista y zapatillas de tenis, con guardias delante y detrás y a los lados, seis en total. Por debajo de nosotros pasaban los coches, como exhalaciones, sin parar, con la velocidad maximizada por la cercanía de nuestro punto de vista y por el ruido que hacían al pasar bajo el puente. No hay palabra para ese ruido, urgencia pura, sostenido, incesante, rumbo norte, rumbo sur, y cada vez que cruzábamos por el paso elevado me preguntaba lo mismo, quién sería esa gente, los conductores y pasajeros, tantos coches, la naturaleza apremiante de su tránsito, las vidas que iban dentro.

Tenía tiempo para observar tales cosas, tiempo para pensar. Es una actividad matadora, la reflexión, incluso en los niveles más bajos de seguridad, donde hay distracciones, aperturas al mundo anterior. El partido de fútbol^[13] de los presos en la cancha abandonada del instituto de enseñanza media, al otro lado de la autopista, era una agradable desviación de las obligaciones cotidianas y de las colas aglutinándose y compactándose en el comedor, los recuentos, los reglamentos, las reflexiones. Los jugadores iban en autobús, los espectadores iban andando, los coches zumbaban bajo el puente.

Caminaba a mi lado un tal Sylvan Telfair, alto, calvo, impregnado de patetismo, un banquero internacional

que se había especializado en herramientas enrarecidas para finanzas en el extranjero.

—¿Sigues el fútbol?

—Yo no sigo nada —dijo él.

—Pero vale la pena verlo, dadas las circunstancias, ¿no? Eso es exactamente lo que a mí me parece.

—Yo no sigo nada —dijo él.

—Me llamo Jerold.

—Pues muy bien —dijo él.

El campamento no estaba encerrado entre muros de piedra ni alambradas. El único cercado perimétrico era ya un artefacto paisajístico, un conjunto de viejos postes de madera que sostenían unas barandillas alabeadas. Había cuatro dormitorios de cubículos equipados con literas, váteres y duchas. Había varias estructuras para ajustarse a la orientación de los reclusos, las comidas, la atención médica, la televisión, el ejercicio físico, las visitas familiares, etcétera. Había horas conyugales para los acoyundados.

—Puedes llamarme Jerry —dije.

Yo sabía que a Sylvan Telfair le habían denegado una suite especial de encarcelamiento con sistemas audiovisuales, baño privado, permiso para fumar y horno tostador. Solo había cuatro así en el campamento y el hombre parecía, solo por su compostura, por su distancia emocional y su discreto dolor, ser digno de consideraciones especiales. Atrapado en los dormitorios, pensé. Ello tenía que parecerle una cadena perpetua metida con calzador en los nueve años que se había agenciado en Suiza o Licchtenstein o las Islas Caimán.

Quería averiguar algo de la metodología de aquel hombre, el arco de sus delitos, pero era reacio a preguntar y lo más probable era que no me contestara. Solo llevaba aquí dos meses y aún no había acabado de decidir qué era lo que quería ser en este entorno, cómo estar de pie, sentarme, andar, hablar. Sylvan Telfair sabía bien quién era. Era un hombre de paso largo metido en un mono de paracaidista bien planchado y con unas zapatillas de un blanco impoluto, atadas en la parte de detrás de los tobillos —una rareza—, un hombre formalmente ausente de su menor gesto o palabra.

El ruido del tráfico era una ondulación por encima de los árboles cuando alcanzamos el borde de nuestro complejo.

Estaba en los principios de la adolescencia cuando tropecé con la palabra *fantasma*. Me pareció una palabra estupenda, y quise ser fantasmal, alguien que entra y sale, deslizándose, de la realidad física. Ahora aquí estoy, un sueño febril que flota, pero ¿dónde está lo demás, el denso entorno, la cosa con peso y carga? Hay aquí uno que pretende especializarse en estudios bíblicos. Tiene la cabeza gravemente inclinada a un lado, hasta casi descansar en su hombro izquierdo, como consecuencia de una enfermedad sin nombre. Lo admiro, me gustaría hablar con él, inclinando la cabeza ligeramente, sintiéndome seguro en las profundidades de su erudición, las lenguas, las culturas, los documentos, los ritos. Y la propia cabeza, ¿hay aquí algo más real que esto?

Hay otro que corre por todas partes, lo llaman el Tonto de las Carreras, pero está haciendo algo obsesivo y auténtico, fuera de los márgenes de nuestros protocolos cotidianos. Tiene un latido, un pulso de aceleración.

Y luego los jugadores, los que apuestan bajo cuerda sobre los partidos de fútbol, ocupados toda la semana en el intercambio de rumores, de bulo en bulo, de

comida en comida, Eagles menos cuatro, Rams subiendo a ocho y medio. ¿Es dinero virtual lo que apuestan? Permanece cerca de ellos mientras hablan y es real, tangible, y lo mismo ellos, con sus gestos operísticos, con sus números que destellan neón en el aire.

Veíamos la televisión en una de las salas comunes. Había una pantalla plana, grande, montada en la pared, ciertos canales bloqueados, programas elegidos por uno de los reclusos veteranos, uno distinto cada mes. En este día solo estaban ocupadas cinco de las ochenta y tantas sillas plegables dispuestas en filas arqueadas. Yo estaba allí para ver un programa concreto, un noticiero de la tarde, quince minutos, en un canal infantil. Parte de él era un informe sobre la Bolsa. Dos chicas, muy serias y muy *amateurs*, informaban sobre la actividad del día. Yo era el único que miraba. Los demás reclusos estaban ahí sentados, medio dormidos, con la cabeza gacha. Era por la hora, por la estación del año, con la anochecida casi encima, el espectro depresivo de la última luz bullendo en las ventanas oblongas situadas en la parte alta de una pared. Los reclusos se mantenían a cierta distancia unos de otros, porque venían a estar solos. Esto era una llamada al autoexamen, la segunda oportunidad de acertar en

una vida perdida, no menos apremiante que la llamada de los fieles a la plegaria.

Yo miraba y escuchaba. Las chicas eran mis hijas, Laurie y Kate, de diez y doce años. Su madre me había avisado, lacónicamente, por teléfono, que las habían seleccionado para participar en el programa. No puedo dar más detalles, dijo, en este momento, como si estuviera presentando un informe, ella, desde la mesa de un estudio repleto de tensiones fuera de cámara.

Me hallaba en la segunda fila, solo, y allí estaban las niñas, compartiendo una mesa, hablando de previsiones para el cuarto trimestre, primero una, luego la otra, un par de frases cada vez, calidad del crédito, demanda de crédito, sector tecnológico, déficit presupuestario. La imagen tenía una calidad de vídeo en línea, generado por el usuario. Traté de distanciarme, de ver a las chicas como referencias lejanas a mis hijas, en blanco y negro tembloroso. Las estudié. Las observé. Leían su texto de unos folios que tenían en la mano, y levantaban la cabeza del papel cada vez que le pasaban la palabra a la otra lectora.

¿Era un disparate, un informe mercantil para niños? No había nada tierno o encantador en el comentario. Las niñas no estaban jugando a ser personas adultas.

Como cumpliendo con su deber, mezclaban de vez en cuando definiciones y explicaciones con las noticias, y en seguida a Laurie se le notó el pánico en los ojos al hacer unas observaciones sobre el índice Nasdaq Composite, una expresión mutilada, una oración en la que faltaba algo. Consideré que el informe era una prueba integrada en algún espacio con muy poca audiencia de algún oscuro canal de cable. No era más disparatado, seguramente, que la mayor parte de los programas de televisión, y, además, ¿quién iba a verlo?

Mi compañero de litera dormía con los calcetines puestos. Se metía los pantalones del pijama en los calcetines y se tumbaba boca arriba en la litera, con las rodillas dobladas y ambas manos en la nuca.

—Me faltan las paredes —decía.

La suya era la litera de abajo. Esto era asunto de cierta relevancia en el campamento, arriba o abajo, quién logra qué, como en todas las películas de cárcel que hemos visto. Norman me ganaba en edad, en experiencia, en ego y en tiempo cumplido y yo no tenía ningún motivo para quejarme.

Pensé decirle que todos echamos de menos nuestras paredes, echamos de menos nuestros suelos y

nuestros techos. Pero permanecí sentado, esperando que prosiguiera.

—Me sentaba a mirar. Primero una pared, luego la otra. Al cabo del rato me ponía en pie y recorría el apartamento, lentamente, mirando, de pared a pared. Sentado mirando, de pie mirando.

Parece hechizado, recitando un cuento para dormir que le hubieran contado de pequeño.

—Tú eras coleccionista de arte, ¿verdad?

—Sí, en pretérito, era. Calidad museística.

—Nunca te he oído hablar de ello —dije.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? Ahora mis paredes son de otra persona. Las obras de arte están por ahí dispersas.

—Tendrías asesores, expertos en el mercado artístico.

—Venían a mirar mis paredes. De Europa, de Los Ángeles, un japonés de una fundación japonesa.

Permaneció quieto por un tiempo, recordando. Yo me sorprendí recordando con él. El japonés adquirió rasgos faciales, forma y tamaño, corpulento, parecía, traje claro, corbata oscura.

—Coleccionistas, comisarios, estudiantes. Venían y miraban —dijo.

—¿Quién te asesoraba?

—Una anciana de la calle 57. Había otro de Londres, Colin, que lo sabía todo de los postimpresionistas. Un hombre muy agradable.

—No es eso lo que quieres decir.

—Es algo que la gente dice. Una de esas expresiones que siempre suenan como si estuvieras citando a otro. Un hombre muy agradable.

—Madre y esposa amante.

—Me encantaba dejarlos mirar. A todos —dijo—. Yo miraba con ellos. íbamos de cuadro en cuadro, de sala en sala. Tenía una casa en Hudson Valley, más cuadros, algo de escultura. La visitaba en otoño, por los colores de la estación. Pero apenas si miraba alguna vez por las ventanas.

—Tenías las paredes.

—No podía apartar los ojos de las paredes.

—Y luego tuviste que vender.

—Todo, hasta la última pieza. Para pagar las multas, las deudas, los abogados, para sostener a la familia. Le di un grabado a mi hija. Noruega, paisaje nocturno con nieve.

Norman echaba de menos sus paredes, pero no estaba a disgusto aquí. Estaba contento, decía, destrabado, liberado, remoto. Libre de las abultadas necesidades y demandas de los demás pero sobre todo desenganchado de sus impulsos personales, su ansia de posesión, la orden vitalicia de aumentar, expandir, construirse a sí mismo, comprar una cadena de hoteles, hacerse un nombre. Decía que estaba en paz, aquí.

Yo lo escuchaba, tendido en la litera de arriba, con los ojos cerrados. En todo el edificio, otros hombres en sus cubículos, uno hablando, otro escuchando, ambos en silencio, uno durmiendo, delincuentes fiscales, delincuentes por impago de pensiones alimenticias, por abuso de información privilegiada, perjuros, criminales de los fondos especulativos, por fraude

postal, por fraude hipotecario, por fraude bursátil, por fraude contable, por obstrucción de la justicia.

La voz empezó a correrse. Al tercer día casi todas las sillas de la sala común estaban ocupadas y tuve que conformarme con un sitio al final de la quinta fila. En la pantalla, las chicas informaban sobre la situación que estaba planteándose en los Emiratos Árabes.

—La palabra es Dubái.

—Esta es la palabra que cruza los continentes y los mares a la impresionante velocidad de la luz.

—Los mercados se hunden rápidamente.

—París, Fráncfort, Londres.

—Dubái tiene la peor deuda per cápita del mundo —dijo Kate—. Y ahora se ha venido abajo el bum de la construcción y el país no puede pagar a los bancos lo que les debe.

—La deuda asciende a cincuenta y ocho mil millones de dólares —dijo Laurie.

—Unos cuantos miles de millones más o menos.

—El índice DAX alemán.^[14]

—Ha bajado más del tres por ciento.

—El Royal Bank escocés.

—Ha bajado más del cuatro por ciento.

—La palabra es Dubái.

—Esta ciudad estado agobiada por las deudas está pidiendo a los bancos que la liberen durante seis meses de la devolución de la deuda.

—Dubái —dijo Laurie.

—El coste de asegurar la deuda de Dubái contra la quiebra se ha aumentado una, dos, tres, cuatro veces.

—¿Sabemos lo que eso significa?

—Significa que el índice bursátil Dow Jones^[15] está bajando, bajando, bajando.

—El Deutsche Bank.

—Bajando.

—Londres. El índice FTSE One Hundred.^[16]

—Bajando.

—Amsterdam. Grupo ING.

—Bajando.

—El Hang Seng de Hong Kong.^[17]

—Petróleo crudo. Bonos islámicos.

—Bajando, bajando, bajando.

—La palabra es Dubái.

—Dila.

—Dubái —dijo Kate.

La antigua vida se reescribe cada minuto. Dentro de cuatro años aún seguiré aquí, chapoteando horriblemente en este oscuro yermo. El futuro libre resulta difícil de imaginar. Bastante arduo me resulta ya trazar la forma del pasado cognoscible. No hay elemento estable, ni fe ni verdad, salvo para las niñas, que han nacido, que crecen, que viven.

¿Dónde estaba yo mientras eso ocurría? Estaba obteniendo titulaciones sin sentido, dictando un curso de primer año sobre dinámica de la realidad televisiva. Cambié a Jerold el modo de escribir mi nombre. Utilizaba los dedos índice y corazón para

poner entre comillas determinados comentarios irónicos, utilizando solamente el índice cuando se trataba de insertar una cita dentro de otra. Era una vida así, de las que se burlan de sí mismas, y ni el matrimonio ni el negocio que durante breve tiempo llevé parecen haber ocurrido dentro de ninguna consideración de permanencia. Tengo treinta y nueve años, una generación me separa de algunos de los reclusos de este campamento, y no recuerdo haber sabido por qué hice lo que hice para terminar aquí. Hubo un tiempo en la primitiva ley inglesa en que un delito podía castigarse con la mutilación de alguna parte del cuerpo del delincuente. ¿Valdría algo así para incentivar la memoria moderna?

Me imagino a mí mismo permaneciendo aquí para siempre, ya es para siempre, compartiendo otro almuerzo con el consultor político que se humedece la yema del pulgar para recoger migas del plato y quedarse mirándolas, o haciendo cola tras el banquero de inversiones que habla consigo mismo en voz alta en mandarín de principiante. Pienso en el dinero. ¿Qué sabía de él, cuánto lo necesitaba, que habría hecho cuando lo tuviese? Luego pienso en Sylvan Telfair, altivo en su ansia, siendo el beneficio de mil millones de euros separable de las cosas que compró, siendo el dinero el impulso cifrado,

conceptual, una especie de erección discreta solo conocida para el hombre con el pantalón en llamas.

—El miedo sigue en aumento.

—El miedo a los números, el miedo a la propagación de las pérdidas.

—El miedo es Dubái. El tema es Dubái. Dubái tiene la deuda. ¿Es cincuenta y ocho mil millones de dólares u ochenta mil millones de dólares?

—Los banqueros caminan por suelos de mármol.

—¿O es ciento veinte mil millones de dólares?

—Los jeques se enfrentan a cielos brumosos.

—Los propios números están entrando en pánico.

—Pensemos en los inversores prominentes. Estrellas de Hollywood. Futbolistas famosos.

—Pensemos en islas en forma de palmera. En gente esquiando dentro de un centro comercial.

—El único hotel de siete estrellas del mundo.

—La hípica más rica del mundo.

—El edificio más alto del mundo.

—Todo ello en Dubái.

—Más alto que el Empire State y Chrysler juntos.

—Juntos.

—Nadar en la piscina del piso setenta y seis. Orar en la mezquita del piso ciento cincuenta y ocho.

—Pero ¿dónde está el petróleo?

—Dubái no tiene petróleo. Dubái tiene deuda. Dubái tiene un enorme número de trabajadores extranjeros sin sitio donde trabajar.

—Gigantescos edificios de oficinas permanecen vacíos. Viviendas sin terminar al viento de la arena. Pensemos en el viento de la arena. Tormentas de polvo que ocultan el paisaje. Fachadas vacías en todas direcciones.

—Pero ¿dónde está el petróleo?

—El petróleo está en Abu Dabi. Di el nombre.

—Abu Dabi.

—Digámoslo juntas ahora.

—Abu Dabi —dijeron.

Era Feliks Zuber, el preso más veterano del campamento, quien había elegido el programa infantil. Feliks estaba aquí todos los días, ahora, en el centro de la primera fila, llevando a cuestas una condena de setecientos veinte años. Le encantaba volverse y saludar a los de alrededor, haciendo de vez en cuando el gesto de aplaudir, pero sin que sus temblorosas manos entraran en contacto, un hombre pequeño y muy estropeado, con aspecto de ser casi tan viejo como para estar a punto de sobrevivir a su condena, gafas oscuras, mono morado, pelo teñido de negrísimo.

Lo prolongado de su sentencia nos impresionaba a los demás. Se la había ganado por su magistral manipulación de una trama inversionista que se extendía a cuatro países y que dio lugar al hundimiento de dos gobiernos y tres corporaciones, mucho de cuyo dinero se canalizó en forma de envíos de armas a los rebeldes secesionistas de un enclave del Cáucaso.

La amplitud de sus delitos tendría que haberlo situado en un entorno mucho más riguroso que este pero lo enviaron aquí porque estaba acribillado de enfermedades, con un futuro señalado en semanas y días. A veces enviaban a alguien a morir aquí, en cómodas circunstancias. Lo sabíamos por sus rostros, sobre todo, por su campo atenuado de visión, por su aislamiento sensorial, y por la quietud que traían consigo, un modo enclaustrado de conducta, como sometido a ciertos votos. Feliks no se estaba quieto: sonreía, gesticulaba, iba de aquí para allá, estrechaba manos. Permanecía sentado en el borde de su asiento mientras las niñas daban noticia de los mercados en caída y de las economías atónitas. Era un hombre observando cómo se desplegaba un antiguo truísmo en un televisor de gran formato. Se llevaría el mundo consigo al morir.

El campo de fútbol era parte de un campus fantasmagórico. Una escuela primaria y un instituto habían tenido que cerrar porque el condado carecía de recursos para su mantenimiento. Los anticuados edificios habían sido parcialmente derribados ya, y aún quedaban por ahí unas cuantas máquinas de demolición, plantadas en el barro.

A los reclusos les encantaba mantener el campo en condiciones, trazando con yeso las líneas y los arcos,

poniendo banderines de córner, asentando firmemente las porterías en el terreno. Los juegos eran un pasatiempo serio para sus practicantes, hombres de mediana edad en su mayoría, algunos más viejos, dos o tres más jóvenes, todos con uniformes improvisados, corriendo, parándose, caminando, agachándose, a veces doblándose sencillamente por la cintura, sin aliento, con las manos en las rodillas, con los ojos puestos en el césped raído que reflejaba sus vidas.

Había menos espectadores según iba enfriándose el tiempo, y al final también había menos jugadores. Yo seguí yendo, soplándome las manos, cruzando y descruzando los brazos a la altura del pecho. Los entrenadores de los equipos eran reclusos, los partidos los arbitraban reclusos, y quienes hacíamos de público ocupando tres filas de asientos rotos también éramos reclusos. Los guardias permanecían alrededor, por un sitio y por otro, mirando o sin mirar.

Los partidos se complicaron. Inventaban reglas, las alteraban, las abreviaban, de vez en cuando brotaba una pelea y el juego seguía alrededor. Yo permanecía a la espera de que a algún jugador le diera algo, un ataque al corazón, un colapso con convulsiones. Los espectadores rara vez animaban o se lamentaban. Aquello empezó a dar la sensación de no estar en

ningún sitio, hombres moviéndose en la onírica distancia, jueces de línea compartiendo un cigarrillo. Cruzábamos por el puente, asistíamos al partido, volvíamos a cruzar por el puente al regreso.

Medité sobre el fútbol en la historia, inspiración de guerras, de treguas, turbas enfurecidas. Este deporte era una pasión global, pelota esférica, hierba o césped, países enteros en espasmos de euforia o lamentos. Pero ¿qué clase de deporte es este que no permite a los jugadores utilizar las manos, salvo al portero? Las manos son herramientas humanas esenciales, lo que agarra y sujeta, lo que hace, lo que toma, lo que lleva, lo que crea. Si el fútbol fuera un invento norteamericano, ¿no saldría algún intelectual europeo diciendo que el puritanismo de nuestra naturaleza histórica nos ha llevado a inventar un deporte estructurado en torno a principios antimasturbatorios?

Esta es una de esas cosas que pienso ahora y que antes nunca había tenido que pensar.

Lo notable de Norman Bloch, mi compañero de litera, no era el arte que solía colgar de sus paredes. Lo que me impresionaba era el delito que había cometido. Era en sí mismo una modalidad de arte, de naturaleza conceptual, de escala radical, una acción tan casual y

al mismo tiempo tan transgresora que Norman, habiendo cumplido ya un año, aún tendría que pasar seis años más en el establecimiento, la litera, la clínica, las colas de las comidas, los berridos del secador de manos de los servicios.

Norman no pagaba impuestos. No presentaba informes trimestrales ni rendimientos anuales y no solicitaba prórrogas. No antedataba documentos, ni creaba sociedades o fundaciones, ni abría cuentas secretas ni utilizaba los mecanismos que ponían a su disposición las jurisdicciones extraterritoriales. No ejercía la protesta política ni la religiosa. No era un nihilista que rechazara todos los valores y todo lo establecido. Era completamente transparente. No pagaba, y ya está. Era una especie de letargo, decía, el mismo que lleva a otras personas a no lavar los platos o no hacer la cama.

Aquello me levantó el ánimo. Lavar los platos, hacer la cama. Decía no saber cuándo había sido la última vez que había pagado impuestos. Cuando le pregunté sobre sus asesores financieros, sus socios comerciales, se encogió de hombros, o eso me figuré. Yo ocupaba la litera de arriba, él la de abajo, dos hombres en pijama, pasando el rato.

—Esas niñas. Qué raro —dijo—. Y las noticias, sobre todo las malas noticias.

—Te gustan las malas noticias.

—A todos nos gustan las malas noticias. Hasta a las niñas les gustan las malas noticias.

Se me pasó por la cabeza decirle que eran hijas mías. Era algo que nadie sabía aquí y más valía que así fuese. No quería que los hombres del dormitorio se me quedaran mirando, me hablaran, que lo difundieran por todo el campamento. Estaba aprendiendo a desaparecer. Me iba bien, era mi estado natural, día tras día, volver a ser fantasmal.

Más valía no hablar de las niñas.

Y a continuación hablé de las niñas, tranquilamente, en seis o siete palabras. Hubo una pausa larga. Tenía la cara redonda, Norman, con la nariz chata, con el pelo revuelto poniéndosele gris.

—Nunca me lo habías contado, Jerry.

—Que quede entre nosotros.

—Nunca cuentas nada.

—Que no lo sepa nadie más que tú. Es verdad —dije—. Kate y Laurie. Me siento a mirarlas y me resulta difícil comprender cómo ha ocurrido esto. ¿Qué están haciendo ahí, qué estoy haciendo yo aquí? Es la madre quien redacta los textos. No me lo ha dicho, pero sé que es ella. Es el cerebro del asunto.

—¿Cómo es, la madre?

—Estamos separados legalmente.

—¿Cómo es? —dijo él.

—Bastante lista, muy atenta a todo. Guapa a la chita callando. Tienes que fijarte para darte cuenta.

—¿La quieres aún? A mí me parece que nunca quise a mi mujer. No en el sentido original del verbo querer.

No le pregunté qué quería decir con eso.

—¿Te quería a ti tu mujer?

—Le encantaban mis paredes —dijo él.

—A mí me encantan mis niñas.

—Y a su madre también la quieres. Te lo noto —dijo él.

—¿Me lo notas desde el camastro de abajo? Ni me ves la cara.

—Ya la tengo vista, tu cara. ¿Qué quieres que vea?

—Nos desmoronamos. No fuimos distanciándonos, nos desmoronamos.

—No me digas que me equivoco. Yo me doy cuenta de las cosas. Las leo —dijo él.

Miré al techo. Llevaba varias horas lloviendo y me pareció oír el ruido del tráfico en la autopista mojada, coches pasando raudos bajo el puente, conductores inclinados hacia la noche, tratando de leer la carretera en cada viraje y cada desnivel.

—Te voy a decir lo que es. Es como si estuvieran jugando a algo —dijo él—. Todos esos nombres que pronuncian. El Hang Seng de Hong Kong. Tiene que sonarles gracioso, a las niñas. Y cuando lo dice una niña, es a nosotros a quienes nos suena gracioso. Y te apuesto algo. Hay montones de niños siguiendo los informes, y no porque sea un canal infantil. Lo siguen

porque se divierten. ¿Qué puñetas es el Hang Seng de Hong Kong? No lo sé. ¿Lo sabes tú?

—Su madre lo sabe.

—Seguro que lo sabe. También sabe que es un juego, entero y verdadero. Y divertido, entero y verdadero. Tienes suerte —dijo—. Qué niñas tan estupendas.

Encantado de estar aquí, así era Norman. No estamos en la cárcel, le gustaba decir. Esto es un campamento.

Con el tiempo, la situación del Golfo empezó a mejorar. Abu Dabi facilitó un rescate de diez mil millones de dólares y una relativa calma se instaló pronto en el Golfo y, por medio de las redes digitales, en los mercados de todo el mundo. Ello trajo una bajada del interés en la sala común. A pesar de que las niñas daban muestras de mejorar su expresión y ponían de manifiesto que se lo preparaban en serio, los hombres dejaron de acudir en grandes cantidades y al poco solo quedábamos unos cuantos, dispersos por aquí y por allá, soñolientos y pensativos.

Teníamos televisión, pero ¿qué habíamos perdido, todos nosotros, al entrar en el campamento? Habíamos perdido nuestros aditamentos, nuestras extensiones, los sistemas de datos que nos mantenían

nutridos y limpios. ¿Dónde estaba el mundo, nuestro mundo? Nos habían desaparecido los *laptops*, los *smartphones*, los sensores lumínicos y los megapíxeles. Nuestras manos y nuestros ojos necesitaban más de lo que ahora podíamos darle. Las pantallas táctiles, las plataformas móviles, los suaves toques de aviso de cita o de hora de vuelo o de mujer que espera en alguna habitación. Y el sentido, la percepción tácita, ahora perdidos, de que algo más nuevo, más inteligente, más rápido, siempre más rápido, nos esperaba a la distancia de un suspiro de pájaro. También habíamos perdido la tecnoansia que estos aparatos normalmente acarrearán. Pero era algo que necesitábamos tanto como los propios aparatos, el estrés inherente, aquellas frustraciones y cautelas. ¿Era todo ello esencial para nuestra disposición mental? La perspectiva de señales fallidas y sistemas caídos, la memoria que necesita recarga, la identidad robada en una serie de clics. La información lo era todo, entrando, saliendo. Siempre estábamos funcionando, queríamos estarlo, necesitábamos estarlo, pero eso era historia en este momento, la sombra de otra vida.

De acuerdo, éramos personas mayores, no niños con ojos de insecto sometidos a la tribu, y esto no era un campamento de rescate de internet. Vivíamos en el espacio real, desadictos, libres de la mortal dependencia. Pero habíamos sido despojados.

Estábamos hechos pulpa y desmoronados. Era algo de lo que rara vez hablábamos, algo que era difícil sacudirse. Había pequeños momentos de ocio en que sabíamos exactamente lo que nos faltaba. Ahí sentados, en el váter, tirábamos de la cadena y ya estaba, nos mirábamos las manos vacías.

Quería hallarme delante del televisor con el informe de mercado puesto, los días laborables, a las cuatro de la tarde, pero no siempre podía apañármelas. Formaba parte de una cuadrilla que era transportada en días establecidos a la base de la Fuerza Aérea contigua, lijábamos y pintábamos, hacíamos labores de mantenimiento, acarreábamos basura y a veces nos quedábamos mirando cómo bramaba algún caza por la pista adelante, para luego despegar en dirección al sol ya en descenso. Era algo hermoso de ver, la aeronave subiendo, adentro las ruedas, las alas girando hacia atrás, la luz, el cielo veteado, éramos tres o cuatro, sin decir palabra. ¿Era ese el momento, más que otros mil momentos, en que la medida de nuestra ruina se nos presentaba con la más cruel claridad?

—Toda Europa tiene la mirada puesta en el sur. ¿Qué es lo que ve?

—Ve a Grecia.

—Ve inestabilidad fiscal, el peso enorme de la deuda, la posible quiebra.

—*Crisis* es una palabra griega.

—¿Está Grecia ocultando su deuda pública?

—¿Está la crisis extendiéndose a la velocidad de la luz hacia el resto de la zona sur, hacia la eurozona en general, hacia los mercados emergentes del mundo entero?

—¿Necesita Grecia un rescate?

—¿Abandonará Grecia el euro?

—¿Ocultó Grecia la naturaleza de su deuda?

—¿Qué papel desempeña Wall Street en esta crítica cuestión?

—¿Qué es una permuta de cobertura por incumplimiento? ¿Qué es una quiebra soberana? ¿Qué es una sociedad de propósito específico?

—No lo sabemos. ¿Lo saben ustedes? ¿Les importa algo?

—¿Qué es Wall Street? ¿Quién es Wall Street?

Risas tensas en algunos focos del público.

—Grecia, Portugal, España, Italia.

—Las bolsas se hunden en el mundo entero.

—El Dow, el Nasdaq, el euro, la libra.

—Pero ¿dónde están las huelgas, los paros en el trabajo, las acciones laborales?

—Mirad Grecia. Mirad las calles.

—Disturbios, huelgas, protestas, piquetes.

—Toda Europa tiene la mirada puesta en Grecia.

—*Caos* es una palabra griega.

—Vuelos cancelados, banderas quemadas, piedras volando en una dirección, gas lacrimógeno flotando en otra dirección.

—Los trabajadores están furiosos. Los trabajadores se manifiestan.

—Echar la culpa al trabajador. Enterrar al trabajador.

—Congelarle el salario. Subirle los impuestos.

—Robar al trabajador. Jorobar al trabajador.

—Cualquier día, ya. Esperen y verán.

—Nuevas banderas, nuevas pancartas.

—La hoz y el martillo.

—La hoz y el martillo.

La madre les había preparado las frases para que las expresaran en un flujo equilibrado, una cadencia. No se limitaban a leer, estaban actuando, mostrando expresión facial, pasándoselo muy bien en serio. Jorobar al trabajador, había dicho Kate. La madre, al menos, había asignado la frase vulgar a la mayor.

¿Estaba convirtiéndose el informe de mercado en una representación?

La historia estuvo todo el día recorriendo el campamento, de edificio en edificio, de hombre en hombre. Era sobre un reo condenado a muerte en Texas o Misuri u Oklahoma y las últimas palabras que había pronunciado antes de que un individuo autorizado por el estado le inyectara la sustancia letal o activara la corriente eléctrica.

Las palabras eran: *Comprobar las ruedas y activar el quemador trasero: vuelvo a casa.*^[18]

Hubo entre nosotros quien experimentó un escalofrío al oír la historia. ¿Era que nos avergonzaba? ¿Nos parecía que un hombre a punto de exhalar el último suspiro era más auténtico que nosotros, un forajido auténtico, merecedor de la atención más cruelmente escrupulosa que el estado puede poner en alguien? Su final estaba sancionado oficialmente, había sido un acto bien acogido por unos y protestado por otros. Él, seguramente, se había pasado media vida en la cárcel, en celdas de aislamiento y al final en el pasillo de la muerte por uno o dos o múltiples homicidios, pero nosotros ¿dónde estábamos y qué habíamos hecho para que nos metieran aquí? ¿Recordábamos siquiera nuestros delitos? ¿Podíamos llamarlos delitos? Eran incumplimientos, evasiones, pequeños hurtos chapuceros.

Algunos de nosotros, menos dados a la autoflagelación, nos limitamos a asentir con la cabeza, otorgando un reconocimiento sencillo al honor que aquel hombre había añadido al momento, la poesía rústica de sus palabras. Cuando la oí o llegó a mis oídos por tercera vez, la historia ya estaba decididamente ambientada en Texas. Prescindamos de los demás sitios: el hombre, el relato y la prisión eran todos ellos propios de Texas. Nosotros

estábamos en alguna otra parte, viendo un programa infantil de la tele.

—¿Qué es eso de la hoz y el martillo?

—Nada. Palabras —dije yo—. Como Abu Dabi.

—Como el Hang Seng de Hong Kong.

—Exacto.

—Las niñas lo dicen. La hoz y el martillo.

—La hoz y el martillo.

—Abu Dabi.

—Abu Dabi.

—Hang Seng.

—Hong Kong —dije yo.

Seguimos un rato así. Norman continuaba murmurando nombres cuando yo cerré los ojos y emprendí el largo rodeo hacia el sueño.

—Pero creo que lo dice de veras. Creo que va en serio. La hoz y el martillo —dijo él—. Es una mujer seria que está tratando de demostrar algo.

Me quedé mirando desde cierta distancia. Pasaron por el detector de metales, uno a uno, y se desplazaron hacia el centro de acogida de visitantes, las esposas y los niños, los amigos leales, los socios, los abogados que se sentarían a escuchar en un entorno confidencial mientras los reclusos los miraban con los ojos entornados, quejándose de la comida, las tareas que se les asignaban, la escasez de las reducciones de penas.

Todo parecía plano. Los visitantes, siguiendo el camino asignado al efecto, se movían de un modo lento y monocromático. El cielo apenas estaba ahí, vaciado de luz y de meteorología. Las familias iban agrupadas y macilentas, pero yo no sentía el frío. Me hallaba en el exterior del dormitorio, pero podría haber estado en cualquier otro sitio. Imaginé una mujer caminando entre los demás, esbelta y con el pelo negro, sin compañía. No sé de dónde me la saqué, de una foto que alguna vez vería, de una película, quizá francesa, ambientada en el sudeste asiático, sexo bajo un ventilador de techo. Aquí estaba ahora, llevando una larga túnica blanca y unos pantalones sueltos. No era este su sitio, eso estaba claro, pero no

tuve necesidad de preguntarme qué estaba haciendo aquí. Había surgido de mi mente aletargada o bajado del cielo plano.

Había un nombre para la ropa que llevaba y yo casi lo sabía, casi me vino, y luego se me fue. Pero ella seguía ahí, quieta, con unas sandalias pálidas, con la túnica abierta por ambos lados, con un leve dibujo floral en la parte de delante y en la de detrás.

El ventilador de techo giraba lentamente en el denso calor, pensamiento no querido ni necesitado, pero ahí estaba, más pensamiento que imagen, remontándose años.

¿Quién era el hombre que venía a ver? Yo no esperaba visitas, ni las quería, ni siquiera de mis hijas, no era bueno que me viesen aquí. De todas formas estaban a dos mil millas, ocupadas en otros menesteres. ¿Me sería posible situar a la mujer en mi presencia inmediata, de lado a lado de una mesa en el amplio espacio abierto que pronto llenarían los reclusos, las mujeres y los niños, con un guardia ante una mesa elevada, vigilando?

Una cosa sabía. El nombre de la ropa que llevaba tenía dos palabras, breves, y me harían pensar que el día había valido la pena, la semana entera, si lograba

recordarlas. ¿Qué otra cosa había que pudiera hacer? ¿Qué otra cosa podía ocurrírseme que aportara una medida decente de cumplimiento?

Vietnamitas: las palabras, la túnica, los pantalones, la mujer.

Luego pensé en Sylvan Telfair. Él era el recluso a quien la mujer venía a ver, un hombre de mundo. Se habrían conocido en París o en Bangkok. Habrían estado juntos en una terraza, al atardecer, bebiendo vino y hablando en francés. Sylvan era un hombre refinado y seguro de sí mismo y a la vez algo reticente, un hombre que a ella podía resultarle atractivo, a pesar de ser mía, mi idea, mi secreta visión de seda.

Seguí mirando y pensando.

Cuando por fin me vinieron las palabras, mucho más tarde, aquel mismo día, *ao dai*, había perdido todo interés en el asunto.

Íbamos agrupados, arracimados, masificados, emparejados, hombres por todas partes, viviendo en enjambres, llenando todos los espacios, desplegados hasta cubrir los límites de la visión. Me gustaba pensar en nosotros como maoístas en fase de autorreforma, perfeccionando nuestro ser social por medio de la repetición. Trabajábamos, comíamos y

dormíamos siguiendo una rutina mecanizada, semanalmente, a diario, cada hora, adelantando desde la práctica al conocimiento. Pero eran cavilaciones del ocio. Quizá no fuéramos sino toneladas de carne asimilada, carne encajada en cubículos, contenida en dormitorios y comedores, encerrada con cremallera en monos de cinco colores, clasificada, catalogada, tal color para tal nivel de infracción. Los colores me llamaban la atención como una especie de patetismo cómico, siempre ahí, en brillante contraste, destacando, entrecruzándose. Trataba de no pensar en nosotros como payasos de circo que no se han acordado de pintarse la cara.

—La consideras tu enemiga —dijo Norman—. Tú y ella, enemigos de sangre.

—No creo que eso sea cierto.

—Es natural. Crees que está utilizando a las niñas contra ti. Eso es lo que crees, en lo más profundo, quieras o no reconocerlo.

—No me parece que sea el caso.

—Tiene que serlo. Te está atacando por los errores que cometiste en los negocios. ¿A qué negocios te

dedicabas? ¿Cómo te trajeron hasta aquí? No creo que me lo hayas contado.

—No es nada interesante.

—No estamos aquí para ser interesantes.

—Llevaba una compañía al servicio de un individuo que compraba compañías. La información pasaba de un sitio a otro. El dinero iba de mano en mano. Abogados, operadores, consultores, socios mayoritarios.

—¿Quién era ese individuo?

—Mi padre —dije.

—¿Cómo se llama?

—Murió tranquilamente antes de los hechos.

—¿Qué hechos?

—Los hechos que condujeron a mi condena.

—¿Cómo se llama?

—Walter Bradway.

—¿Me suena ese nombre?

—Te suena su hermano. Howard Bradway.

—Uno de los mosqueteros de los fondos especulativos.

Norman hurgaba en su memoria buscando confirmación visual. Me figuré lo que estaba representándose. Estaba representándose a mi tío Howie, un hombre grande y rubicundo, a pecho descubierto, con gafas de aviador, con un caniche en miniatura recogido debajo del brazo. Una imagen bastante famosa.

—Tradición familiar, ¿verdad? —dijo—. Distintas compañías, distintas ciudades, distintos marcos temporales.

—Creían en lo justo y lo injusto. Lo justo y lo injusto de los mercados, de las carteras, de la información reservada.

—Luego te tocó a ti incorporarte. ¿Sabías lo que estabas haciendo?

—Me estaba definiendo. Eso es lo que decía mi padre. Decía que las personas necesitadas de definición donde tendrían que estar era en el diccionario.

—Porque para mí tienes pinta de alguien que no siempre sabe lo que hace.

—Lo sabía bastante. Seguro, sí, lo sabía.

Oía a Norman retirar la improvisada tapa de celofán de su tarrito de pasta de higo y luego utilizar el dedo para untar una galleta salada. En los días de visita su abogada metía de matute un tarro de pasta de higo de Dalmacia en el campamento, pero sin la tapa metálica. Norman decía que le gustaba el nombre, Dalmacia, dálmata, la historia de los Balcanes, el adriático, el perro con manchas. Le gustaba la idea de comer de tapadillo, un par de veces a la semana, algo que se llamara así y fuera de ese sitio, todo ello ingredientes naturales, y untarlo en una galleta salada normal y corriente, de las que ponen en las cafeterías.

Dijo que su abogada escondía la pasta de higo en algún lugar de su cuerpo. Era una frase de usar y tirar, expresada en tono monótono y sin ánimo de hacerse creer.

—¿Cuál es tu filosofía del dinero?

—No tengo —dije.

—Hubo un año en que hice un basural de dinero.

Un año en concreto. Anduvimos fácilmente por las nueve cifras. Era como si estuvieran añadiéndome años de vida. El dinero te hace vivir más tiempo. Se cuela en la sangre, en las venas y capilares. Lo comenté con mi médico de atención primaria. Me dijo que tenía la sospecha de que quizá estuviera en lo cierto.

—¿Qué me dices del arte de tus paredes? ¿También te hacía vivir más tiempo?

—El arte, no sé. Buena pregunta, el arte.

—Dicen que el arte grande es inmortal. Yo digo que hay algo mortal en él. Lleva dentro un vislumbre de muerte.

—Todos esos cuadros tan espléndidos, esas formas, esos colores. Todos esos pintores difuntos. No sé —dijo.

Levantó la mano hasta el borde de mi litera, con media galleta salpicada de conserva de higo. Dije que no, pero que gracias. Lo oí masticar la galleta y hundirse

en las sábanas. Luego permanecí acostado, en espera de los últimos comentarios del día.

—Te está hablando a ti, directamente. Eres consciente de ello, utilizando a las niñas.

—No lo creo, ni por lo más remoto.

—En otras palabras: no se te había ocurrido.

—A mí se me ocurre todo. Pero hay cosas que descarto.

—¿Cómo se llama?

—Sara Massey.

—Buen nombre, directo. Me la figuro como una mujer fuerte con raíces muy hondas. Principios, convicciones. Vengándose de tus actividades ilícitas, por el hecho de que te pillaran, quizá sobre todo por haberte metido en los negocios de tu padre.

—Qué listo soy no sabiéndolo. Cuántas preocupaciones me ahorro.

—La mujer en quien hay que fijarse para ver que es guapa, según tú dices. Te está recordando lo que

hiciste. Te está hablando. Abu Dabi, Abu Dabi. Hang Seng, Hong Kong.

Todo a nuestro alrededor, sepultados en cubículos, suspendidos en el tiempo, fiablemente transformados ya, hombres con problemas dentales, problemas médicos, problemas conyugales, exigencias dietéticas, fragilidades psíquicas, hombres respirando dormidos, el ronroneo nocturno de los planes fiscales-petroleros, de los planes de evasión de impuestos, del espionaje corporativo, del soborno corporativo, el falso testimonio, el seguro médico fraudulento, la herencia fraudulenta, los bienes raíces fraudulentos, el fraude telegráfico, el fraude y la connivencia.

Empezaron a llegar temprano, hombres que atestaban la sala común, algunos con sillas plegables suplementarias, que abrían de golpe. Había otros de pie en los pasillos laterales, un excedente de reclusos, guardias, cuerpo de cocina, funcionarios del campamento. Yo había logrado hacerme un sitio en la cuarta fila, ligeramente ladeado. La sensación de acontecimiento, el alto clamor de las novedades, todas las convergencias de fuerzas globales emotivas nos traían aquí en una oleada de expectación compleja.

Alguien colocó un ramo de flores mojadas de lluvia en una de las altas ventanas. La primavera, más o menos, tardía este año.

Había cuatro salas comunes, una por dormitorio, y no dudaba de que todas estarían abarrotadas, reclusos y otros, reunidos en algún extraño armónico, escuchando a dos niñas hablar del colapso económico.

Aquí, cuando se acercaba el momento, Feliks Zuber se levantó brevemente de su asiento de primera fila, alzando una mano cansada para poner calma en la multitud que iba instalándose.

En seguida noté que las niñas llevaban las chaquetas a juego. Eso era nuevo. La imagen era más definida y estable, en color. Luego vi que estaban sentadas ante una mesa larga, de noticiario, no una mesa corriente. Finalmente, los guiones... no había. Iban a utilizar un apuntador visual, de los que van mostrando el texto a una velocidad considerable, con pausas tácticas ocasionales, bien colocadas.

—Grecia vende bonos, para recaudar euros.

—Los mercados se tranquilizan.

- Grecia camina hacia una nueva austeridad.
- Alivio de la presión inmediata.
- Conversaciones entre Grecia y Alemania.
- Votos de confianza. Llamadas a la paciencia.
- Grecia está preparada para restaurar la confianza.
- Paquete de ayuda de cuarenta mil millones de dólares.
- ¿Cómo se dice gracias en griego?
- Efharistó.*
- Dilo otra vez, despacio.
- F. Harry Stowe.^[19]
- F. Harry Stowe.

Chocaron los puños sin mirarse, impasible, impasibles.

- Lo peor puede haber pasado.
- O lo peor está por llegar.

—¿Sabemos si el rescate griego logrará lo que se espera que logre?

—¿O logrará justo lo contrario?

—Exactamente, ¿qué sería lo contrario?

—Pensemos en los demás mercados.

—¿Hay alguien con la mirada puesta en Portugal?

—Todo el mundo tiene la mirada puesta en Portugal.

—Deuda elevada, crecimiento bajo.

—Préstamos, préstamos, préstamos.

—Euros, euros, euros.

—Irlanda está con problemas. Islandia está con problemas.

—¿Hemos pensado en la libra británica?

—La vida y la muerte de la libra británica.

—La libra no es el euro.

—El Reino Unido no es Grecia.

—Pero la libra ¿da señales de resquebrajarse? ¿Irás tras ella el euro? ¿Va muy a la zaga el dólar?

—De lo que se habla es de China.

—¿Hay problema en China?

—¿Hay una burbuja en China?

—¿Cómo se llama la moneda china?

—Letonia tiene el lat.

—Tonga tiene el ponga.

—China tiene el rebimbi.

—El rebimbo.

—China tiene el rebobo.

—El rebubu.

—¿Qué ocurre después?

—Ya ha ocurrido.

—¿Lo recuerda alguien?

—El mercado cae mil puntos en un octavo de segundo.

—Una décima de segundo.

—Cada vez más deprisa, cada vez más abajo.

—Un veinteavo de segundo.

—Las pantallas destellan y vibran, los teléfonos saltan de las paredes.

—Una centésima de segundo. Una milésima de segundo.

—No real: irreal, surreal.

—¿Quién está haciendo esto? ¿De dónde viene? ¿A dónde va?

—Ocurrió en Chicago.

—Ocurrió en Kansas.

—Es una película, es una canción.

Yo percibía el ambiente de la sala, una intensidad apremiante, una necesidad de algo más, algo más fuerte. Permanecí distanciado, mirando a las niñas, haciéndome preguntas sobre su madre, qué tendría en mente, a dónde nos estaba llevando.

Laurie dijo en voz baja, juguetona:

—¿A quién creemos? ¿A quién acudimos? ¿Cómo vamos a dormir por las noches?

Kate dijo con viveza:

—¿Será capaz la técnica informática de atender las exigencias del comercio informatizado? Las dudas a largo plazo, ¿darán lugar a dudas a corto plazo?

—¿Qué es el error de tecleo? ¿Qué es la venta desnuda inmediata?^[20]

—¿Cuántos billones de dólares están comprometidos en la sangría de las economías del euro?

—¿Cuántos ceros lleva un billón?

—¿Cuántas reuniones a altas horas de la noche?

—¿Por qué empeora la crisis a cada momento?

- Brasil, Corea, Japón, en todas partes.
- ¿Qué se está haciendo y dónde se está haciendo?
- Vuelven a estar en huelga en Grecia.
- Hay manifestantes en las calles.
- Están quemando bancos en Grecia.
- Están colgando pancartas de los templos sagrados.
- Pueblos de Europa, alzaos.
- Pueblos del mundo, unios.
- La marea está subiendo, la marea está cambiando.
- ¿En qué dirección? ¿A qué velocidad?

Hubo una larga pausa. Nos quedamos mirando, a la espera. A continuación, el noticiario alcanzó su momento decisivo, todo o nada, el punto de no retorno.

Las niñas recitaron al unísono:

—*Stalin Khrushchev*^[21] *Castro Mao*.

—*Lenin Brezhnev Engels ¡Bum!*

Los nombres, la exclamación, expresados en un canturreo rápido, provocaron entre los reclusos un ruido espontáneo. ¿Qué ruido era ese? ¿Qué significaba? Yo permanecí impertérrito, en mitad de todo aquello, tratando de comprender. Las niñas repitieron el texto una vez, luego otra. El público se desgañitaba dando alaridos, esos blandengues delincuentes de cuello blanco, como si estuvieran rechazando todo lo que alguna vez habían creído en sus vidas.

—*Brezhnev Khrushchev Mao y Ho.*

—*Lenin Stalin Castro Zhou.*

Seguían viniendo nombres. Aquello parecía un cántico de escuela, el grito de las animadoras saltarinas, y la respuesta del público aumentó en volumen y en sentimiento. Era algo tremendo, totalmente, y me asustó. ¿Qué significaban esos nombres para los reclusos? Estábamos muy lejos ya de los divertidos topónimos de los primeros noticiarios. Estos otros nombres eran inmensas huellas en la historia. ¿Querían los reclusos sustituir una doctrina, un sistema de gobierno, por otro? Nosotros éramos el producto final del sistema, el resultado lógico, trozos de capital quemado. También éramos hombres con familias y hogares, a pesar de nuestra situación actual. Teníamos creencias,

compromisos. Pensé que esto iba más allá de los sistemas. Estaban proclamando que nada importaba, que las distinciones estaban muertas. Húndanse y mueran los mercados. Muerdan el polvo los bancos, las sociedades de corretaje, los grupos, los fondos, los consorcios, los institutos.

—*Mao Zhou-Fidel Ho.*

Los pasillos, mientras, estaban inmóviles y callados: los guardias, los médicos, los administrativos. Yo quería que aquello terminara. Quería que las niñas se fueran a casa, a hacer los deberes, a refugiarse en sus teléfonos móviles.

—*Marx Lenin Che-¡Eh!*

Su madre estaba loca, pervirtiendo la novedad de un noticiario bursátil para niños. Los presos estaban confusos, agitándose en una anarquía atolondrada. Solo Feliks Zuber tenía sentido, agitando el puño, débilmente, un hombre que estaba aquí por su intento de financiar una revolución, capaz de oír trompetas y tambores en aquel coro de nombres. Llevó cierto tiempo que la energía de la sala empezara a menguar, mientras las voces de las niñas se hacían más tranquilas.

—Estamos todos esperando respuesta.

—En consecuencia, dicen los analistas.

—Al final, mantienen los inversores.

—En algún otro sitio, afirman los economistas.

—En algún sitio, insisten los funcionarios.

—Podría ser malo —dijo Kate.

—¿Cómo de malo?

—Muy malo.

—¿Cómo de malo?

—De acabarse el mundo.

Ambas miraron la cámara, concluyendo en un susurro:

—F. Harry Stowe.

—F. Harry Stowe.

El noticiario había concluido, pero las dos niñas siguieron en pantalla. Ahí sentadas, mirando, con nosotros también sentados, mirando. El momento se

hizo incómodo. Laurie miró a un lado y luego se deslizó de su silla y salió de plano. Kate siguió dentro. Observé que una mirada familiar pasaba por sus ojos y por su boca y mentón. Era la mirada del no acatamiento. ¿Por qué había de someterse a una salida penosa por culpa de algún estúpido disparate técnico? Iba a quedarse ahí mirándonos. Luego nos iba a decir exactamente qué le parecía el asunto, el programa y las propias noticias. Esto es lo que hizo que me vinieran ganas de levantarme y marcharme, abandonar la fila sin que nadie se diese cuenta, salir pegado a la pared, a la luz polvorienta de la tarde. Pero me quedé mirando, y lo mismo hizo ella. Nos mirábamos de hito en hito. Ahora se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa, con las manos plegadas a la altura de la barbilla, como una maestra de quinto grado harta de mis risitas y mi no parar quieto o sencillamente de mi estupidez. La tensión de la sala tenía masa y peso. Eso era lo que había temido, que la niña hablase de las noticias, todas las noticias de todo el tiempo, y de cómo su padre decía siempre que las noticias existen para poder desaparecer, esa es la razón de ser de las noticias, sean cuales sean, ocurran donde ocurran. *Dependemos de que las noticias desaparezcan*, dice mi padre. *Luego mi padre se convirtió en noticia. Luego desapareció.* Pero se limitó a seguir ahí sentada, mirando, y los reclusos no tardaron en alborotarse. Me di cuenta de

que me estaba tapando con la mano la parte inferior de la cara, en un innecesario disfraz parental. Los allí presentes, unos cuantos a la vez, luego más, luego en grupos, se marchaban todos ya, algunos de ellos encogiéndose para pasar entre las filas. Puede que con ello intentaran no taparles la vista a otros pero a mí más bien me pareció que se escaqueaban, culpables y abochornados. El caso era que la imagen no cambiaba: Kate en pantalla, ahí sentada, mirándome. Me sentí vacío pero no podía marcharme mientras ella siguiera allí. Aguardé a que la pantalla quedara en blanco y al final, largos minutos después, eso fue lo que sucedió, entre rayas y temblores.

La sala se había quedado vacía cuando aparecieron los dibujos animados, un muchacho gordito rodando por una cuesta llena de baches. Feliks Zuber permanecía en su sitio de primera fila, él y yo éramos el único público ahora, y quedé esperando que se diera la vuelta y me saludase, o sencillamente que siguiera ahí sentado, muerto.

Abrí los ojos en algún momento anterior a las primeras luces y el sueño aún estaba ahí, cerniéndose sobre mí, casi tangible. No podemos hacer justicia a nuestros sueños reelaborándolos en la memoria. Parecen prestados, parte de otra vida, solo nuestra quizá y solamente en los márgenes más remotos. Una

mujer está de pie bajo el ventilador de techo en una habitación alta y oscura de Ciudad Ho Chi Minh, el nombre de la ciudad está indeleblemente entretejido al sueño, y la mujer, momentáneamente oscurecida, se desprende de sus sandalias y empieza a parecer familiar, y ahora me doy cuenta de por qué, porque es mi mujer, muy extrañamente, Sara Massey, despojándose lentamente de la ropa, una túnica y unos pantalones sueltos, un *ao dai*.

¿Lleva esto alguna intención erótica, o irónica, o es un fragmento más de basura craneal? Pensarlo me puso irritable y pasado un momento me bajé de la litera alta, sin hacer ruido. Norman estaba ahí acostado, quieto, con un antifaz de dormir de color negro. Me vestí y salí del cubículo y crucé la planta para salir a la bruma de antes de amanecer. El puesto de vigilancia de la entrada del campamento estaba encendido, alguien de guardia para dar entrada a las camionetas que llegarían con leche, huevos y pollos descabezados de las granjas vecinas. Me encaminé directamente a la vieja valla de madera y me colé entre las barandillas, luego me detuve un momento, atisbando la oscuridad, consciente de mi respiración, sorprendido por ella, como si fuera un acontecimiento que rara vez ocurría, y digno de recordación.

Fui encontrando mi camino al tacto, lentamente, siguiendo una hilera de árboles que se alineaban a un

lado de un sendero de tierra. Me movía en dirección al ruido del tráfico y llegué al puente de la autopista en diez o doce minutos. El propio puente estaba cortado al tráfico, por obras en marcha permanente. Me detuve más o menos en el centro y miré cómo pasaban los coches por debajo de mí, a toda velocidad. Había media luna colgando a baja altura y dando la extraña impresión de estar sumergida en la pálida bruma. El tráfico era constante, en una y otra dirección, camionetas, furgonetas, camiones, todos acarreando la pregunta de quién y dónde, a esta hora tan temprana, y salpicando el sonido, inexpresable en palabras, de su paso bajo el puente.

Miraba y escuchaba, sin percibir el paso del tiempo, pensando en el orden y la disciplina del tráfico, que se da por supuesto, los conductores mantienen las distancias, hombres y mujeres falibles, coches por delante, coches por detrás, a los lados, conducción nocturna, pensamientos a la deriva. ¿Cómo era que no había un accidente cada pocos segundos en este tramo de la autopista, ya antes de la hora punta mañanera? Esto era lo que pensaba desde mi posición en el puente, el ruido emergente y la pura velocidad, la proximidad de los vehículos, las diferencias fundamentales entre los conductores, sexo, edad, idioma, temperamento, historia personal, coches como juguetes animatrónicos, pero es carne y hueso

lo de ahí abajo, metal y cristal, y me parecía asombroso que se desplazaran sanos y salvos hacia el misterio de sus destinos.

Esto es la civilización, pensé, el empuje del adelanto social y material, gente en movimiento, tanteando los límites del tiempo y el espacio. Qué importa la enconada pestilencia del combustible quemado, la contaminación del planeta. El peligro puede ser real pero es sencillamente el recubrimiento, el barniz inevitable. Lo que yo estaba viendo era también real pero tenía el impacto de una visión, o quizá de un hecho siempre presente que destella en el ojo y en la mente del observador como un estallido de sabiduría. Mírales, quienes sean, actuando de implícito acuerdo, comprobando diales y números, dando muestras de discernimiento y habilidad, tomando curvas, frenando con suavidad, anticipándose, atentos en tres o cuatro direcciones. Escuchaba las detonaciones del aire cuando pasaban por debajo de mí, vehículo tras vehículo, con sus conductores tomando decisiones instantáneas, con noticias y partes meteorológicos en las radios, palabras desconocidas en sus mentes.

¿Por qué no se estrellan a cada rato? La pregunta se me antojaba profunda, con los primeros toques del alba mostrándose por el este. ¿Cómo es que no se alcanzan, que no chocan de lado? Parecía inevitable

desde mi perspectiva elevada: coches empujados contra los guardarraíles, obligados a giros letales. Pero seguían llegando, como de ningún sitio, faros, luces traseras, y estarán yendo y viniendo durante todo el ahora incipiente día y la noche que luego vendrá.

Cerré los ojos y escuché. Pronto regresaría al campamento, para sumirme en la cotidianidad de esta vida. Mínima seguridad. Sonaba infantil, un término de condescendencia y enfado. Yo quería abrir los ojos a las carreteras vacías y la luz deslumbrante, al apocalipsis, al atronador acercamiento de algo inimaginable. Pero mi sitio estaba en la mínima seguridad, ¿no era cierto? La menor cantidad posible, el grado más pequeño de restricción. Aquí estaba yo, como quien se toma un tiempo libre, para luego regresar. Cuando miré, finalmente, la neblina estaba levantándose, el tráfico había aumentado, motos, camiones, coches familiares, todoterrenos, conductores ahí abajo atisbando, el ruido y la prisa, la sensación apremiante de la necesidad.

¿Quiénes son? ¿A dónde van?

Se me ocurrió entonces que era visible desde la calzada, un hombre en el puente, a esta hora, en silueta, un hombre asomado, ahí mirando, y sería

natural que los conductores, algunos, reaccionaran levantando la cabeza y haciéndose preguntas.

¿Quién será? ¿Qué estará haciendo ahí?

Es Jerold Bradway, pensé, y está respirando las emanaciones del mercado libre para siempre.